

JON ARRETXE  
**NO DIGAS  
NADA**



erein

**NO DIGAS  
NADA**

34

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: abril de 2019

Título original:

*Ez erran deus*

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© De la traducción:

Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-464-7

D.L.: SS-478/2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JON ARRETXE

**NO DIGAS  
NADA**

Traducción de Cristina Fernández

ere in

# I



Los grillos dejan de cantar al percibir los pasos de alguien acercándose. El silencio se apodera de la noche, pero solo durante unos segundos; es un silencio frágil y poco duradero que se quiebra en cuanto empieza a rugir la motosierra. Aunque la temperatura es agradable, el hombre lleva un chubasquero amplio y cubre su cabeza con la capucha. Echa un vistazo hacia la borda, donde la falta de luz hace pensar que no hay nadie. Todo está en calma. Solo el burro se revuelve inquieto y parece intuir algo, con las orejas erguidas, en alerta. El extraño visitante se acerca al animal, que levanta la mirada sin tan siquiera amagar con un rebuzno. Y entonces todo sucede muy rápido: un corte limpio y la cabeza se desploma, seguida del cuerpo erupcionando como un volcán de sangre. Está hecho, el hombre apaga la motosierra y observa a su alrededor; todo sigue igual entre la oscuridad y el silencio. Es un lugar apartado, sin casas, sin vecinos, lejos de cualquier posible

testigo. Apenas hay riesgo de ser descubierto, él lo sabe. Agarra la cabeza del asno por una oreja y la arrastra hasta el camino, dejando un reguero de sangre y la hierba aplastada a su paso. Abre la puerta trasera del 4x4, deja el trofeo sobre un plástico, y espera unos segundos, atento al tímido retorno del canto de los grillos. Solo cuando se restaura la placidez inicial sube al todoterreno, gira la llave de contacto y pisa a fondo el acelerador mientras suena a todo volumen *Origin of Symmetry*, de Muse.

\* \* \*

A Isaac no le hace ninguna gracia que le fastidien la siesta y hoy se la han cortado por la mitad, precisamente cuando estaba al borde del éxtasis, sumergido en un lujurioso sueño. Tiene el móvil en posición de silencio, pero ni por esas le dejan en paz, han venido hasta su casa, y ahí está quien quiera que sea, a punto de quemarle el timbre. Empieza a refunfuñar mientras sacude la pereza de su enorme y seboso cuerpo, y sigue refunfuñando cuando llega arrastrando los pies hasta la puerta.

—¿Tú? —dice sin ocultar su enfado al abrir y toparse de frente con Tomás, el propietario de la vacada más grande del pueblo, tuerto y muy alto, casi como el mismísimo Tartalo.

—Sí, yo. No irás a decirme que te sorprende mi visita —responde el ganadero, con su grave y penetrante voz impregnada en un tono agrio.

—¿Y por qué no? Que yo sepa nadie te ha dado cita para que vengas a joderme la siesta.

—Estás de coña, ¿no? ¿Todavía no te has enterado de que me han matado el burro, o qué?

—Ya lo sé, ¿y?

—¿Cómo que “y”? ¿Acaso no piensas hacer nada?

—Vaya ¿pues qué se supone que debería hacer?

—Dar con el culpable, ¿no? Es tu deber.

—¿Mi deber? ¡Una mierda!

—Eres el alguacil.

—¿Y qué? A ver si os enteráis de una puta vez: no tengo obligación de solucionar todos los problemas del pueblo, y no podéis presentaros en mi casa cuando os sale de los huevos para contarme vuestra vida, ¡hostia! Que yo también tengo mis preocupaciones.

Isaac corona su discurso con un portazo en las narices del gigante tuerto dejándolo plantado en el umbral antes de que pueda reaccionar. Al cíclope le sobra fuerza para tirar la puerta de una patada, y ganas no le faltan, pero se traga la hiel y lo único que hace es ajustarse la boina antes de dar media vuelta y largarse.

\* \* \*

El alguacil se asoma discretamente entre los visillos de la ventana para comprobar si el cascarrabias de Tomás se ha largado ya. Luego se calza los zapatos antes de salir a la calle montado en su sufrida bicicleta. Pedalea hacia la

borda de las vacas, situada en un cerro que hay detrás de su casa, y antes de llegar a la primera cuesta ya tiene la camisa empapada en sudor. En momentos como este recuerda lo que siempre le dice el médico: que no debería comer ni beber tanto. *Vaya mierda*, piensa.

En cuanto llega resoplando, comprueba que el cuerpo del asno ya no está por allí, al menos a la vista. Mejor así, porque de otro modo, el paraje se llenaría de buitres y alimañas. Repara en los restos de sangre que han quedado en el prado, y también en las marcas de rodadas en la pista. Aparte de eso, en la escena del crimen no encuentra ningún indicio útil para dar con el autor de los hechos. Se apoya en un peñasco y se rasca la barba a medio crecer mientras revisa el entorno con mirada escrutadora. Desde lo alto de la colina puede ver las otras bordas del valle diseminadas dentro del término de Orbe. Entre ellas, una le llama especialmente la atención, la que sería de Julián, y muy cerca de esta, un vehículo aparcado. El alguacil se queda pensativo al reconocer el coche de Tomás.

\* \* \*

El vaquero decide dejar el coche y entrar a pie en el terreno de Julián, no quiere más problemas con ese viejo loco. Camina los últimos metros intentando no llamar la atención, se detiene detrás de unas pacas de hierba seca, y desde ahí estira el cuello para atisbar. Es entonces

cuando ve a ese negro tan fornido, el nuevo ayudante del pastor, tumbado en el suelo, con la cabeza metida bajo las ubres de una oveja, tirando de un pezón del que no salen más que unas gotas. A Tomás le resulta patético ver a un hombretón de semejante tamaño ahí despatarrado, con la boca abierta, intentando desesperadamente echar un trago de leche.

—¿Está bueno, Touré? —se dirige a él, saliendo de entre los fardos de paja.

El burkinés se levanta sobresaltado, la oveja escapa corriendo hacia el rebaño y el recién llegado se acerca torciendo el gesto en una mueca de asco. Frente a frente, los dos hombres en pie son igual de altos.

—¿Se vive bien en este palacio? —pregunta el vaquero, irónicamente.

—Bueno...

—Yo también pude haberte contratado, ¿sabes? —continúa, sin esforzarse por ocultar su desprecio.

—No, no lo sabía —responde Touré, preguntándose qué puñetas entenderá ese tipo por “contratado”.

—Vaya, vaya... —el ganadero se frota el mentón, pensativo—. Siempre estás aquí, día y noche, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cuánto te paga el viejo?

—Depende, a veces más, a veces menos.

El único ojo de Tomás escanea a Touré de arriba abajo, como si quisiera registrar cada detalle de su mísero aspecto. El africano, sin embargo, prefiere perder su

mirada en los frondosos hayedos que rodean Orbe, intentando adivinar qué demonios ha venido a buscar ese tipo al que apenas conoce de vista. Solo lleva unas semanas en este rincón perdido del Pirineo navarro, no es la vida con la que soñaba, ni la gente del pueblo le muestra mucho afecto, pero al menos está lejos de Bilbao, la ciudad que empezaba a asfixiarle.

—Tal vez puedas ganar algún dinero extra —continúa el vaquero, con un tono algo más suave—. ¿Te interesa?

—Tú dirás... —el escepticismo suena en la voz de Touré.

—Ya te habrás enterado de que anoche me mataron el burro, ¿no?

El africano asiente.

—Algún hijo de puta lo ha decapitado y se ha llevado la cabeza —añade Tomás—. Quiero saber quién ha sido, te pagaré si consigues averiguarlo.

—¿Cuánto?

—Más de lo que te da ese tacaño de Julián por un día de trabajo, eso seguro.

Durante unos segundos solo se escuchan los balidos del rebaño.

—¿Por qué no vas a la policía?

—¿Aún no te has dado cuenta de lo bien que nos llevamos aquí con la policía?

Touré ya sospechaba algo al respecto y, sí, bien pensado, lo mejor para todos será resolver el tema de manera extraoficial. Nadie desea ver una patrulla por el pueblo,

pero a quien menos le interesa encontrarse con la pasma es a él. Mejor que no aparezcan ni en pintura. Seguro que sería el primero a quien interrogaran. Eso de entrada, porque luego le pedirían unos papeles que no tiene, investigarían sus antecedentes... Por algo salió huyendo del barrio bilbaíno de San Francisco. Allí su mayor problema eran precisamente los ertzainas, y aunque esos no vayan a aparecer por aquí, cuanto más lejos se mantenga de los polizontes, tanto mejor; da igual si son ertzainas, forales, guardias civiles o como quieran llamarse.

—¿Y en el pueblo no hay ninguna autoridad que pueda ayudarte?

—¡Bah! Tenemos un alguacil que es un inútil y un sinvergüenza —la repugnancia que refleja el rostro de Tomás es pareja a la que él mismo provoca en Touré—. Ese cabrón no tiene tiempo para sus obligaciones, está demasiado ocupado tocándose los cojones cuando no se pasa las horas muertas en el puticlub.

—¿Y por qué yo? ¿No hay otra persona a quien puedas pedir ayuda?

—Vamos a ver, ¿pero tú no eras detective o algo por el estilo?

—¿Quién te ha dicho eso? —replica el burkinés, asombrado.

—Hasta aquí ha llegado tu fama, imagínate —responde, bulón, el vaquero.

*¿Adama?! —piensa Touré—. ¿Qué coño habrá ido contando por ahí?*

## II



He terminado en este pequeño pueblo perdido en el Pirineo navarro gracias a Adama, un senegalés bajito, de apariencia frágil, pero más duro que una roca. Ha pasado mucho tiempo desde que coincidimos en aquella fatídica travesía por el Mediterráneo, aquella noche decisiva en la que íbamos treinta y un africanos dentro de una patera. Aunque la mar estaba picada, parecía que íbamos a tener suerte. Las luces de la costa española resplandecían muy cerca, estábamos a punto de alcanzar nuestra meta, y así habría sido si los nervios no nos hubieran jugado una mala pasada. La gente empezó a alterarse al ver lo poco que faltaba para llegar, muchos se levantaron antes de tiempo haciendo que la zódiac se balanceara más de la cuenta, y un golpe de ola nos hizo volcar. El resultado fue terrorífico: todos murieron ahogados, solo nos salvamos Adama y yo. Sobrevivimos de casualidad, porque acabamos atrapados en la bolsa de aire que se formó en

la concavidad de la embarcación cuando esta quedó boca abajo. Así pudimos respirar hasta que vinieron en nuestro auxilio, no sé cuánto tiempo después.

Apenas recuerdo nada del rescate, solo que la Cruz Roja nos dio ropa seca y que, para evitar ser expulsados, repetíamos una y otra vez que éramos refugiados de Sierra Leona. De ese modo conseguimos un permiso de cuatro semanas, más que suficiente para poner tierra de por medio.

Yo fui a parar al barrio de San Francisco, en Bilbao, y Adama al norte de Navarra. A pesar de terminar separados, durante todos estos años nunca hemos llegado a perder totalmente el contacto, hemos sabido el uno del otro, aunque casi siempre a través de terceros. La experiencia de la patera nos dejó muy tocados, y creo que, de hecho, no queríamos volver a vernos por temor a revivir ese amargo trago. Aún así, ni siquiera ese recelo ha podido evitar que finalmente nuestros caminos vuelvan a coincidir, pero ahora no por azar, ya que fui yo quien acudió a Adama en busca de ayuda.

Me resultaba imposible continuar en San Francisco, donde la policía me tenía entre la espada y la pared a base de chantajes. Primero me obligaron a hacer de chivato, y cuando quise darme cuenta ya era un sicario a sus órdenes. Acabé convertido en una marioneta que usaban a su antojo para hacer el trabajo sucio. Hasta que no pude soportarlo más y decidí huir. Por eso tuve que despedirme de los buenos amigos que tenía, que aún tengo,

en aquella Pequeña África: Osmán, el maliense con quien compartía piso; Xihab, el camarero del *Berebar*, el local más cosmopolita de todo Bilbao; Cristina, amiga incondicional y fogosa amante, uno de los pocos apoyos que he encontrado entre la gente de aquí... Desde entonces no sé nada de ellos, toda comunicación entre nosotros está cortada a la espera de un tiempo mejor en el que podamos volver a reunirnos sin correr riesgos. Mientras tanto, solo nos pondremos en contacto si hay alguna emergencia. Por eso mi teléfono móvil continúa apagado, hasta tuve la precaución de sacarle la batería el mismo día en que me fui. Tal vez sea una paranoia mía, pero dicen que, de otro modo, podrían localizarme, incluso con el aparato desconectado. Y no es que me crea tan importante como para movilizar a la Ertzaintza, pero, después de todo lo que he pasado, cualquier precaución me parece poca.

Tampoco tengo noticias de mi familia, que sigue en Burkina Faso, aunque en este caso los motivos son otros. Lo último que dijo mi mujer antes de mandarme al cuerno fue que un hombre de verdad ya tendría los papeles en regla, que debería haber sido capaz de reagrupar a la familia después de tanto tiempo, que se avergüenza de mí porque ni siquiera puedo enviar dinero suficiente para alimentar a mis hijos.

Aunque me dolieron esas palabras tan duras, comprendo la desesperación de Mariam. En el fondo tengo bien merecido todo lo que me escribió en ese último

mensaje. Y es que llevo años en este supuesto paraíso de oportunidades y aún no he conseguido una mierda. Apenas sobrevivir. Pero ¿qué voy a hacer? De momento sigo aferrado a la esperanza con paciencia africana, sigo adaptándome a lo que me trae la vida, no puede ser de otra manera, y si ahora me toca estar en este pueblo perdido en la montaña, pues aquí estoy. Me paso el día en una borda, cuidando del ganado: esquilo las ovejas, vigilo los corderos, siego la hierba, transporto la paja, limpio las instalaciones... Todo eso casi por la voluntad. El pastor, un viejo indeseable, rara vez deja caer algún billete, y encima tengo que oírle decir que menuda suerte la mía, que debería alegrarme de tener un “buen” sitio donde pasar las noches, que él de joven se pelaba de frío durmiendo en las chabolas del monte, y a cambio solo ganaba lo justo para comer. En ocasiones me da un poco de requesón, una punta de queso o algún rebojo de pan. Es ridículo pensar que pueda sobrevivir con eso, pero lo peor es el trato que me da: solo le falta tirarme la comida al suelo, como si yo fuera uno de sus perros, o peor, porque al menos estos reciben pequeñas muestras de afecto de vez en cuando, una palmadita en el lomo, alguna caricia entre las orejas...

Adama ya me advirtió que no podría conseguir nada mejor para mí. La verdad es que él tampoco está en una situación muy envidiable. Se pasa el día metido en una gasolinera, en un cruce de la carretera general, aislado del resto del mundo. Todas las mañanas tiene que abrir muy

temprano, y aguanta ahí el día entero hasta la hora del cierre. Luego, por la noche, se queda a dormir en el almacén. Al final es como si hiciera jornadas de 24 horas 365 días al año. Igual que yo, con la diferencia de que él cobra 400 pavos al mes. Cualquiera empleado blanco tiraría a la jeta de su patrón un sueldo tan indigno, pero un negro muerto de hambre no puede permitirse ese lujo. Vaya, que menos da una piedra, y de lo malo malo, Adama no paga alquiler, así que entre eso y alguna propina de los clientes, se las arregla para ir tirando y hasta le llega para enviar un poco de dinero a la familia. Pero lo más importante es que tiene papeles. Los consiguió hace tiempo, así que, ya de entrada, puede vivir más tranquilo que yo.

Al llegar a la gasolinera lo veo sentado a la sombra, frente a los surtidores. Está cruzado de brazos, con la mirada puesta en el horizonte y la mente quién sabe donde. Los chirridos de la bici que he cogido de la borda llaman su atención, gira la cabeza, y al verme, su rostro se ilumina.

\* \* \*

—Un café sí, ¿verdad? —me ofrece Adama, tras los consabidos y largos saludos africanos.

—Sí, por favor —respondo sentándome en la silla de plástico que hay junto a la que acaba de dejar libre él.

—¿Como siempre?

—Sí.

En el almacén de la gasolinera, Adama tiene un fuego eléctrico en el que cada día se prepara la comida. Algunos clientes enrollados le traen lo que necesita, aprovechando que les cae de paso un centro comercial. Es más que un detalle, teniendo en cuenta que él no puede moverse de su puesto en todo el día. A mí solo me llega para comprar algo muy de vez en cuando en el pequeño supermercado de Orbe, y si quiero comer caliente, no me queda otra que prender una lumbre junto a la borda donde trabajo y apañármelas con un cazo roñoso. Básicamente me alimento de arroz, pero eso no es suficiente y tengo que hacer supervivencia con lo que encuentro por ahí, en el río, el bosque o los prados. Al menos ahora estoy en un lugar donde la naturaleza es generosa, no como en mi pueblo, Gorom-Gorom. Allí la tierra es seca y estéril, tendría que conformarme con los escorpiones que se esconden bajo las piedras. Sin embargo, aquí es fácil conseguir setas, caracoles, peces, moras... Y lo mejor es que siempre puedo contar con la solidaridad de Adama.

A través de la puerta abierta del almacén, veo a mi amigo poniéndose de puntillas para alcanzar la balda donde suele guardar la cafetera. Al cabo de unos minutos sale con dos tazas humeantes y unos trozos de pan con mantequilla en una bandeja.

—¿Te has enterado de lo del burro? —le pregunto después de dar el primer sorbo.

–Claro, ¿y quién no? No se habla de otra cosa, hoy ha sido el principal tema de conversación con los clientes.

–¿Adivinas a quién le han pedido que investigue para encontrar al culpable? –apenas termino de preguntar, la sonrisa de Adama me indica que ya se lo imagina–. Pues sí, esta misma mañana ha venido Tomás con la propuesta –le confirmo–. Oye, por cierto, ¿tú le has dicho que soy detective o algo así?

–Bueno, directamente a él no, pero puede que... Cuando me pediste que te ayudara a encontrar trabajo, comenté por el pueblo que, aparte de ser un tipo honrado, también tienes experiencia como investigador. Para dar más cuerpo a tu *curriculum*, ya sabes.

El pan de caserío está en su punto, son buenísimas las tostadas que me prepara este senegalés.

–Me huelo que no voy a sacar gran cosa de esta investigación –continúo entre bocado y bocado–. Ha prometido pagarme, pero no ha llegado a concretar una cifra.

–Uf, entonces mejor que no te hagas ilusiones. En este pueblo son de puño cerrado, y el más agarrado de todos es Tomás, sin duda.

Las palabras de Adama no han hecho sino confirmar mis sospechas. En Orbe la mayoría de la gente está forrada. El que no tiene ganado, tiene tierras, y aparte está todo lo que sacan vendiendo productos locales, alquilando casas rehabilitadas para el turismo rural... Pero

nadie lo diría, aquí todos viven humildemente, algunos como si fueran pobres. Por lo visto guardan el dinero para llevárselo a la tumba.

—A propósito —añade mi colega—, la borda del vaquero no está muy lejos de la tuya... ¿No viste nada raro anoche?

—No, no vi nada; pero me desperté de madrugada con el ruido de lo que parecía una motosierra. Solo fue un momento, no más de unos segundos, y después oí pasar un coche zumbando con la música a tope.

—Bueno, pues según dicen, fue una motosierra lo que debieron de usar para rebanar el pescuezo del burro, así que... —deja la frase en suspenso, insinuando con la mirada lo que parece una conclusión lógica.

—Tal vez... —respondo pensativo—, pero ¿quién no tiene una motosierra por aquí?

—Y la música... —continúa Adama, en actitud reflexiva—, ¿de qué tipo era?

—Pues no sé cómo explicarte..., retumbaba mucho, una de esas que dan dolor de cabeza a los cinco minutos.

—Y el motor del coche... ¿Cómo sonaba? ¿Dirías que era de gasolina o de gasóleo?

—Joder, si pareces tú el detective —le replico con tono jocoso—. Te veo muy motivado, si quieres te contrato de ayudante y vamos a medias.

—Vaya, es una oferta interesante, la mitad de cero euros no está nada mal, ¿eh? —responde él antes de contagiarme una carcajada—. Deja, deja...

Permanecemos un momento en silencio, con media sonrisa en la cara mientras nos dura el regustillo de la broma.

—Aún así, ¿qué tipo de motor crees que era? —mi compañero vuelve a la carga.

—No tengo el oído tan entrenado como tú, pero para mí que era de gasóleo, y no precisamente nuevo.

—¿Un todoterreno, por ejemplo?

—Podría ser, aunque estamos en las mismas, ¿quién no tiene uno de esos por aquí?

Adama vuelve a quedarse abstraído, con la mirada perdida en el horizonte, igual que cuando he llegado.

—Si te apetece ayudarme... —le digo, sacándole del ensimismamiento—, puedes preguntar a tus clientes. Por aquí pasa casi todo el pueblo, quién sabe, a lo mejor consigues alguna información de interés.

—¡Claro! Estaré atento, a ver si me entero de algo. Además, me servirá de distracción, a veces se me hace muy largo todo el día aquí metido.

Una pareja de águilas aparece en el cielo atrapando nuestra atención. No es raro ver aves rapaces sobrevolando la zona. Podría pasarme las horas muertas contemplando cómo planean, me relaja tanto que pierdo la noción del tiempo...

Ahora soy yo el que se queda extasiado y Adama quien me hace bajar a la realidad:

—Bueno, yo ya estoy en el curro, no tengo que ir a ninguna parte, pero tú... ¿No tendrías que volver a tu

puesto? El pastor te va a pedir cuentas si se entera de que pierdes el tiempo aquí, charlando conmigo.

—¡Que le den! —me sale del alma—. Merezco un descanso de vez en cuando, ¿no te parece?

Mi compañero asiente dándome la razón y volvemos a sumergirnos en la quietud de este solitario cruce de caminos. Durante los siguientes minutos, soy el único que altera el silencio con algún ruido, el de los sorbos que doy al café y el crujir de la última tostada entre mis dientes... Pequeños caprichos, auténticos placeres.

\* \* \*

Al final se me ha hecho muy tarde, Julián ya ha empezado a enchufar los tubos de la ordeñadora a los pezones de las ovejas. Voy con cuidado por la parte de atrás, intentando no meter mucho ruido con la bici, prefiero que no me oiga llegar. Al pasar junto a la quesería, me extraña mucho ver la puerta entreabierta, normalmente está cerrada a cal y canto. Eso es territorio prohibido para mí, ahí solo puedo entrar con el patrón cuando quiere que le ayude con alguna tarea, y por nada del mundo me dejaría la llave. Seguramente piensa que soy una persona sin principios, de esas que no saben lo que es la lealtad ni la decencia, apostaría que me imagina entrando a escondidas para robarle, para beberme la leche o para zamparme la mitad de los quesos que tiene ahí dentro curándose. Y la verdad es que, con el hambre que paso, bien hace en desconfiar.

Me dirijo al cobertizo donde están los comederos para el ganado. En esta época, acabando la primavera, la mayoría de las ovejas pastan en los prados, mientras que aquí, a cubierto, solo hay alguna madre tardía con sus crías. Dejo la bicicleta en el suelo y me quedo mirando a los corderos. Ellos también me miran, como si me reconocieran y se alegraran de verme. Son adorables, sí; aunque en mi situación actual preferiría tenerlos alegrándome el estómago en lugar de balando por ahí. Y eso que los conozco hasta por su nombre: ese tan blanco es *Elur*; un poco más allá, *Buruhandi*, el pobre al que rechazó su madre nada más nacer; *Belzkote*, siempre tan huidizo, y por ahí tendría que estar... ¡Vaya! ¡Me cago en diez!, ¡creo que falta uno! A ver..., uno, dos, tres, cuatro... Sí, falta uno, seguro. Menuda putada, a ver qué va a pasar ahora... Se me hace un nudo en el estómago y empiezo a sudar de repente. Intento serenarme, puede que el viejo se lo haya llevado. A lo mejor lo ha vendido. ¿Acaso no los cría para eso? El destino de la mayoría de estos animales es una muerte temprana para acabar en la bandeja del horno ¿no? Pero en esta ocasión... ¿¡No me lo habrán robado!?! ¿Y si se ha muerto y está por ahí, en algún rincón? Busco dentro y fuera del cobertizo. Miro bien, de un extremo al otro; pero nada, ni rastro. Menuda papeleta, ¿dónde rayos se habrá metido ese bicho?

Es posible que hayan vuelto los ladrones de ganado, no me extrañaría nada. Ya han pasado por aquí alguna vez, suben por las pistas en todoterrenos o en camionetas

y en un segundo se llevan cualquier res que esté descuidada. Un día el pastor me contó que, antes de llegar yo, le robaron siete ovejas preñadas en una tarde. ¿Será que ahora también nos han mangado este cordero? Despliego bien la antena por si escucho algo en los alrededores; pero en lugar del balido de la cría perdida oigo un rugido retumbando sobre todos los *bees* del rebaño.

–¡¡Touré!! ¿Pero estás ahí?

¡Hostia, el pastor! ¿Y ahora qué hago? ¿Se habrá dado cuenta de que falta un lechal? Por si acaso, decido adelantarme y salir antes de que llegue al cobertizo.

–Pues claro, aquí estoy –respondo, plantándome en mitad del camino, sin atreverme a mirarle a la cara.

–¿Cómo que “claro”? ¿Se puede saber dónde cojones has pasado toda la tarde? Hace un buen rato que he llegado y tú no estabas por la borda.

–Es que tenía que hacer un recado en el pueblo.

–“Un recado en el pueblo” –repite, con un tono de burla cargado de desprecio–. ¡Disculpas!, ¡nada más que disculpas! Tienes que estar aquí todo el día, ese fue el trato, ya lo sabes. Siempre hay algo que hacer en la borda, no quiero volver a pillarte tocándote los huevos por ahí.

Paso de responderle porque ahora mi prioridad es mantenerlo alejado del redil de los corderos. ¿Cómo podría enterarme si ha sido él quien se ha llevado el que falta?

–Te lo tengo dicho: Nuestras ovejas son *latxas*, solo *latxas* –subraya–, y las tenemos que cuidar como un

tesoro, porque son la raza originaria de estas tierras. No les pierdas ojo, que no se mezclen con ese ganado que algunos han traído de fuera, no vaya a ser que, en un descuido, uno de esos carneros judíos nos preñe alguna. Porque entonces se acabó la pureza de raza, se acabó la denominación “Idiazabal”, y se acabó el negocio. Ya te lo he explicado mil veces, ¿todavía no te has enterado?

—Sí, claro que sí —afirmo, aunque la verdad, solo le llevo la corriente.

Julián siempre está dándome la tabarra con eso de las razas, que si estas o aquellas dan mejor leche, que si esto o lo otro afecta más o menos al mercado, que si la denominación de origen es muy importante... Es un plasta, pero yo no le hago ni caso. Solo me quedo con que debo mantener el rebaño a salvo de cuatrerros, depredadores y carneros judíos. Eso es lo principal, y luego, aparte, tengo que mantener todo en condiciones, “no como otros pastores, que son unos guarros y ni siquiera limpian las cantinas de vez en cuando”.

—En el fondo, esas ovejas judías son como vosotros —me reprocha con desdén.

Imagino a quién se refiere con ese “vosotros” y lo que quiere decir cuando nos compara con las ovejas judías, pero no me importa demasiado, hace tiempo que me he acostumbrado a escuchar sandeces como esa y otras cosas peores. Además, me da que este viejo no está muy bien de la cabeza, con la edad cada vez se le va más la pinza. Hace poco me dijo que últimamente se le aparecen

los espíritus, que tiene miedo de que se lo lleven al más allá, y hasta llegó a preguntarme si es cierto que en África practicamos el vudú para hacer tratos con los muertos. ¿Qué se puede esperar de semejante personaje? Lo mejor es no hacerle caso y ya está. Ni siquiera me tomo sus insultos como tales, todo lo que dice me entra por una oreja y me sale por la otra. Al final el sentimiento es mutuo: mientras él se aproveche de mí, yo trataré de hacer lo mismo con él, esa es la clave; si, total, voy a mandarlo al cuerno en cuanto encuentre algo mejor..

–Venga, que me tengo que ir –dice mientras cierra con llave la quesería–. Deja todo en orden y vete a la cama temprano, ¿eh?

“Cama”, qué palabra tan bonita para referirse a ese colchón deforme y áspero, relleno de lana del siglo pasado. Le digo que vaya tranquilo, pero en el fondo yo sí que estoy preocupado, no se me ocurre qué narices ha podido pasar con el cordero que falta.

–Oye, Julián –le digo en el último momento, cuando ya está subiendo al todoterreno.

–¿Qué pasa?

Me mira esperando a ver qué tengo que decirle, pero no me salen las palabras, me quedo como un tonto.

–Nada..., que duermas bien.

El pastor arruga la nariz poniéndome cara de asco y cierra la puerta del coche con un golpe, sin dignarse a responder.